

COLECCIÓN CASA EUROPA, 22

UNA FORMA DE VIDA DESCONOCIDA

Título original: *O formă de viață necunoscută*
Publicado por: Humanitas, 2018; Polirom, 2022

Portada: Una composición a partir del cuadro, Laura Reading, de Walter Crane, 1885

© De los textos, Andreea Răsuceanu
© De la traducción, José Francisco Arcenegui

© Confluencias, 2024
www.editorialconfluencias.com

Maquetación: Rodrigo Sepúlveda Cebrián

Impreso en España

ISBN: 978-84-128184-8-2
Depósito legal: AL 331-2024

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización estricta de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares mediante alquiler y préstamos públicos.

ANDREEA RĂSUCEANU

Una forma de vida desconocida

Traducción de
José Francisco Arcenegui



*De hecho, trato de decir aquí lo que no se
puede decir, ya que se trata de un escalofrío,
un ritmo sutil y apenas audible.*

Radu Petrescu

*Porque el amor es tan fuerte como la muerte.
Tan inagotable como la muerte es su pasión.*

Cantar de los Cantares,
En traducción de Petru Creția

Cuando murió, también olvidaron cubrir con una sábana la vitrina de los vasos. Taparon el espejo grande, antiguo, de su habitación, pero no hicieron lo mismo con la vitrina llena de servicios de mesa finos —uno de café, compacto, en tonos azulones, adornado con una sutil línea dorada, otro de pastas, de porcelana de color rosáceo descolorido, heredado de quién sabe quién. La vi haciendo los preparativos del entierro, el interminable ir y venir desde la puerta del salón a la de la cocina, donde se preparaba la comida, no creo que entendiera todavía lo que ocurría en el mundo que se desenvolvía más allá de las paredes de cristal.

De hecho, no me di cuenta hasta más tarde, cuando todo el mundo estaba cansado y se dejaron caer sobre la primera silla a su alcance, cuando el borboteo de las ollas se convirtió en un siseo apenas inteligible. Estaba muerta de cansancio, sentada en el borde de la cama, notando cómo un hilo de sudor descendía a lo largo de la columna vertebral, esperando el momento en el que fuera absorbido por el tejido de la bata de casa escocesa. Me miraba con una especie de asombro, con los ojos llenos de preguntas, pero el

azul de su mirada era algo más diluido, más transparente que en los últimos días, cuando se habían concentrado allí todas las tormentas por las que había atravesado. Así había revivido muchas veces las cosas, largos y tortuosos días, episodios enteros de su vida, en su mayoría relacionados con la guerra, la muerte de los seis hermanos, la vida en C., como hija feliz de un pope, para luego, de repente, encontrarse huérfana en algún lugar en un transbordador, cruzando un Danubio que hervía por los obuses que caían a su alrededor para hundirse en las profundidades. Todas las veces que llegaba a este parte del relato, asomaba a sus ojos la niebla gris metálica de los días de finales de septiembre y veía yo también, extendida sobre la burda alfombra que me dejaba marcas rojizas sobre la piel de las piernas, todos los horrores de aquellas mañanas, los restos de cuerpos humanos, el agua enrojeciéndose y en algún lugar, entre las olas cenicientas, un puente que me imaginaba era como de los cuentos de aventuras que leíamos, de tablones húmedos y rojizos. Hoy se trata de la muerte, me dijo en una ocasión, y el sentido de sus frases de antes se ha ido haciendo más profundo, se ha convertido en agua negra, insondable e inamovible por la brisa.

Su mirada se deslizó por el cristal de las copas de champán, de las que quedaban aún cinco después de que, en una Noche Vieja, un invitado se emborrachara y cayera al suelo junto con muchos de los vasos que había sobre la mesa, entre los cuales se encontraba una de sus copas favoritas. Me hubiera gustado que nos quedáramos a solas, como ocurre a veces cuando termina una fiesta, para sentarme y explicarle, sin prisas, por lo que habíamos pasado en estos días, lo duro que resultaba a veces, no, no duro sino raro, qué raro era el mundo sin ella, le cambiaba el color y el aroma, los caminos por los que transitábamos eran extraños, los lugares se veían diferentes, como si nunca hubiéramos pasado por allí.

En cambio, todas las mujeres se le parecían. Pero creo que habría querido decirle tantas cosas que no habría encontrado las palabras y ambas nos hubiéramos quedado calladas, mirándonos la una a la otra, como hacíamos a veces. En cualquier caso, no sé qué más podría haberle dicho ahora, cuando para ella las cosas se veían de otra manera, desde dentro hacia fuera, como veía también su vitrina preferida, con los vasos y las tazas de café, con sus colores desleídos por el paso del tiempo.

Antes de la muerte, cuando sabíamos todo lo que iba a pasar, me quedaba a menudo a su lado y veía pasar por sus ojos abiertos, como también ahora, con gran asombro, todos los acontecimientos que ella misma me había contado alguna vez, y que eran distintos, completamente distintos, acontecimientos que se desplegaban en la película de su memoria, como si ya hubieras visto la misma película con otros actores o con otro director, o como si se tratara de esa película vieja, que me habían llevado a ver cuando aún no sabía leer y que, vista de nuevo ahora, me había impresionado, ya no se parecía en nada a la que había visto entonces, incluso el final era diferente. Me preguntaba si los demás también la habrían visto. Si debiera haberle hablado o haberla dejado ir, tal y como había venido, inconscientemente, como para no perderse. Desde entonces la he visto en unas cuantas ocasiones, a veces me ha enviado señales para que supiera que estaba a menudo a mi lado, pero esa su mirada se quedó atrapada en mi cerebro y me lo atravesaba como una aguda luz de mañana de junio. Recordaba todo esto ahora porque algo, en algún lugar cercano, me había despertado de nuevo, esa luz dormida en el cerebro la había reactivado de repente, con fuerza, de forma tal que sentí que se me ablandaban los huesos.

Esa maravilla, incrustada en el azul de sus ojos que ya habían empezado a ver seres de otros mundos, en su danza caótica por la

blanca habitación del hospital, me obsesioanaba. Puede que esto sea a lo que se reduce todo, a una inmensa maravilla, aunque de hecho y de alguna forma siempre ocurra una maravilla aún más grande. Vagó así, blanca y silenciosa, maravillándose de mi presencia como si no me hubiera visto nunca, por la sala del hospital y solo a veces se liberan de entre sus labios, a través de la máscara de oxígeno, los sonidos de algunos nombres, bajando con facilidad la pendiente desde el cerebro y llegando a sus oídos, pero ese recorrido era una pequeña eternidad en la que se quedaban incrustados nuestros últimos momentos juntas. También me sorprendió esta nueva conciencia, de la mujer del lecho blanco que cada día era distinta, hoy, por ejemplo, era una niña de pelo rubio, casi albino, que correteaba por ahí, por un camino bordeado de álamos y subía dejando tras de sí su vida entera, tal como la conocía.

Todos los días, me invadía el mismo horror al tener que volver a ver el hospital abarrotado de personal vestido de color verde, cual ciertos insectos de movimientos rápidos e impávidos glóbulos oculares. La reanimación, miseria reunida en los rincones como un anuncio de que de lo que aquí se trata es de la muerte y que todo no es más que una inmensa ilusión mantenida por las palabras de una lengua casi desconocida. Más allá de ellos, el resoplido de los respiradores que trataban de animar los pulmones secos de los enfermos. Los cuerpos expuestos, deshechos, en los que se veían los órganos, el vapor de las salas, como si la humedad del interior de las cavidades torácicas abiertas saliera a tomar el aire diurno, a través de los tubos. Su voz, que ya no le pertenecía, y la desesperación de su mirada y el vacío antinatural a la izquierda de la cama. El traje de color canela, como me había susurrado que se lo comprara, se veía artificial, unos metros de tela blanda que parecían flotar en la nada, demasiado grande para un cuerpo desconocido, que se disolvía en esas pocas horas de agonía. El ruido

que no estaba segura de haber oído, del reloj de pared de la iglesia. Tic-tac. Inspira, expira y son las 4 de la madrugada, en punto, es hora de despertarte.

Le pusieron¹ dinero en el bolsillo, un espejo y un peine. Quería regalarle mi espejo, de metal, con tapa esmaltada. Debajo del esmalte hay algunas flores de invierno (edelweis), parecen pequeñas tarántulas, blancas, aplastadas allí. Me lo llevé y, cuando quise meterlo en su bolsillo, toqué la frialdad de otro espejo, puesto allí probablemente por alguien más rápido. Me lo guardé en la cartera. Puede que sea el único objeto completamente inútil que tengo: ya no puedo abrirlo, ni siquiera puedo tirarlo, ni dárselo a ella. ¿Qué hubiera hecho con dos? ¿Y si esta desviación de la regla tuviera quién sabe qué consecuencias? ¿Y si erraba el camino? Inútil. Quedó sobre la mesa de la primera habitación, entre periódicos, bolígrafos, tapones de botellas de perfume y otras cosas que nadie se decide a tirar, de las cosas que aún conservas solo necesitas la mitad. No sé cuál será su destino. Miro las flores de invierno y siento como cuando entro en su casa vacía. Aún en la puerta, siento su ausencia con más fuerza que haya conseguido alguna vez sentir su presencia. Está mucho más presente en su ausencia que cuando abría la puerta y la veía en su sitio, en el sofá: ni en el centro, ni en ninguno de los extremos, más bien un poco a la derecha, desde donde se veía mejor la pantalla del televisor. Cuando entré por primera vez en la casa, olía exactamente como antes. El pan y el agua dejados en el balcón por si su alma regresaba, ya no estaban. Corté una rebanada de pan tierno y rellené el vaso con agua. Entré en la sala de estar y me senté en el sofá, en su sitio. Cuando me fui, había allí una pequeña deformación, como cuando se levantaba para guiarme. No podía pensar más que en los infelices gorriones que habían hecho de nuevo su nido en el balcón y habían desparramado

1 Siguiendo el rito ortodoxo (Todas las notas son del traductor).

la tierra de las macetas. Ahora todo esto no tendría que ser más que el mundo amarillento de una fotografía antigua. Cosas de hace veinte años. Otra vida. Personas de las que ya no estás seguro de que hayan existido. Una casa que ya no existe, en la que ahora viven unos extraños de los que solo sé que se acababan de mudar a Bucarest. Ella ha llenado el balcón de flores rojas. Han colgado en la pared la bicicleta del niño, por la noche parece un fantasma que golpea el muro. Imágenes de otra vida que no es la tuya. Incluso el atardecer que se desliza por la ventanilla del trolebús que me lleva a su casa es de color canela, ni marrón ni café.

Me levanto y remuevo la infusión en la taza. Huele a escaramujo² un poco agrio, y a galletas de avena. Miriam se desliza lentamente por el alfeizar, como una sombra y en sus ojos puedo ver la fascinación del vacío que se abre bajo ella. Desde el piso 10, donde salgo a veces a fumar un cigarrillo en el balcón, veo el mundo como en la palma de la mano. La calle de la Victoria, entrecortada por las siluetas de los altos bloques de viviendas, las últimas casas que quedan en pie, hacia Buzești,³ con las cariátides carcomidas por las aguas pluviales, el único álamo aislado que todavía se mantiene como un signo de exclamación y que se pierde, en ocasiones, entre las nubes rosáceas del atardecer. No consigo, cuando voy caminando hacia la plaza Buzești, encontrarlo, es como si solo existiera desde aquí, desde mi ventana, esa mancha verdosa que el viento deshace. Está tan solo en el desierto de cemento que me dan ganas de ir y arrancar el trozo de suelo donde está y plantarlo en mi balcón. Estaría menos solitario, junto a las flores de papel y a los pocos cactus, como un extraño en un tren lleno de desconocidos, pero no como un viajero solitario en un desierto. Miro no sé cuántas veces la fotografía. El tiempo se mide con los pasos del

2 Rosa mosqueta.

3 Barrio de Bucarest, en el sector 1.

gato, invisibles, inaudibles, suaves sobre el alféizar de yeso blanco. No se oye nada, salvo en raras ocasiones, la puerta del ascensor que se abre en un tiempo distinto al nuestro, en otro bloque de apartamentos de la avenida Titulescu, n° 4, en el que otra mujer prepara una infusión. Nos hemos quedado presos allí, como en la cabina de un ascensor que ya no quiere funcionar. Siempre hace lo mismo: de la planta baja al piso 10 y viceversa, desde hace unos doce meses.

De hecho, Miriam entró por una ventana del estudio un viernes. Los viernes han sido siempre especiales para nosotras: nació un viernes, también un viernes falleció ella y Miriam apareció un viernes. Cuando la vi, supe de inmediato que ya nunca se iría de nuestra casa, en la que se instaló enseguida, se diría que la conocía de toda la vida. Luego leí en algún sitio que eso es lo que hacen los gatos, toman posesión del territorio de forma inmediata, como si lo hubieran conocido de siempre. Pero entonces me pareció raro que se detuviera unos segundos en el alféizar de la ventana maullando, después saltó sobre el sofá y se acomodó en el centro. Por aquel entonces era pequeña, tan pequeña como para caber entre los huecos de los cojines del sofá y la contemplamos allí largo rato, hasta que dejó escapar un débil maullido. Ahora estamos las dos sentadas en el sofá verde mientras me tomo una infusión. Miriam lame una galleta de avena y mira la nieve a través de la ventana. No nevaba así desde hacía años. La nieve cubría las vías del tranvía, los coches y, a veces, las personas que se paraban quedaban cubiertas por una capa de nieve como si estuvieran envueltas en algodón de azúcar. La nieve había llegado incluso a la terraza de Spring Time, donde hace algunos inviernos se tiró una mujer. Allí se quedó congelada, grande y blanca, en la nieve que había comenzado a cubrirla, como si se hubiera recostado en un sofá. Tenía una pierna doblada y la rodilla gruesa, roja, no tenía arruga alguna.

Miraba el cielo fijamente y en las pupilas le caían los copos de nieve. Pasé entonces junto a ella, sin otra cobertura que la nieve, y apenas entendí qué hacía allí, vestida de forma tan ligera. No salía sangre por lado alguno, como en esas películas de acción en las que las balas atraviesan los cuerpos sin que se vea una gota de sangre. La calle estaba tranquila y los pocos transeúntes que aquella mañana de febrero se apresuraron a llamar a la policía. Luego se fueron. Alguien había encendido una vela, pronto recubierta por la nieve. Miriam sigue mirando la calle más allá del alféizar, y por el amarillo de sus ojos pasan rápidamente las luces de los faros que rompen por unos segundos la oscuridad.

Miro la fotografía y me pregunto de qué conozco a esta mujer.

En su cuarto persistía una especie de luz antigua, cuyos tornasoles amarillentos me traen el recuerdo de ciertas tonalidades de las uvas maduras del cenador de C., una luz que procede de mis primeros sueños. La habitación no ha cambiado, todo es de entonces, de los primeros años con Sandu en Balta Albă, sus años de felicidad. Los muebles pesados, barnizados, sobre los que no debíamos dejar huellas, la vitrina pasada de moda, con vasos polvorientos que no tengo ni idea a quién dárselos, las alfombras persas, sus olores, los de casa, que todavía no se han ido. Las fotografías las encontré tarde, por casualidad, en un cajón de la parte superior de la cómoda barnizada, en una caja roja en la que estaba escrito «Gominolas variadas». Enseguida volví a notar en mi lengua la consistencia gelatinosa, de pequeño animal marino, congelado, como las medusas transparentes que había visto una vez en Mamaia⁴ de las que todos tenían miedo, aunque decían que estaban muertas. Muertas o vivas, tenían el mismo aspecto, y las gominolas de colores (las verdes eran las que más me gustaban) eran también como pequeñas medusas, con distintos sabores,

4 Ciudad rumana de veraneo a orillas del mar Negro.

espolvoreadas con azúcar que se desprendía en minúsculos granos y que hacían un ruido como de chirimirí, como cayendo de una nube blanca sobre un pedazo de papel transparente. Olí la caja. Muy en el fondo se percibía un tenue olor a naftalina, como en la casa de C., donde siempre reinaban las sombras como en lo más profundo del bosque, gracias a unas cortinas marrones que mantenían el frescor, en donde había leído mi primera novela: «CFR»,⁵ no tenía ni idea de lo que significaba. En la caja, bajo la hoja de la cubierta original, ahora amarillenta y con los bordes deteriorados, las fotografías. Moteadas, borrosas, algunas cortadas con tijeras, como si alguien hubiese tratado de retocar el pasado, decidiendo quién y en qué momento de su vida había existido, todas en blanco y negro, unas pequeñas como una uña grande, fotos con desconocidos, con conocidos, jóvenes, viejos, muertos, vivos sonrientes, tristes, pensativos, de mirada soñadora, ausente, interrogante, mirando al objetivo, deslizándose junto a él, paisajes, fotos de familia, perfiles, fotografías festivas, señores con sombrero, señoras a la orilla del mar, bicicletas, carruseles, juguetes, algunas con líneas escritas al dorso, otras en blanco, vacías, sin historia, dejando libre la imaginación. Fotografías sobre las que ya nadie me puede contar nada, rostros desconocidos que se parecen al mío, grupos inesperados, caras vagamente familiares con sonrisas cómplices, un diálogo mudo, imposible, entre los que ya no están y los vivos, edades que se reencuentran de forma inverosímil —Ioana con bucles rubios, Ioana en una pose de revista, Ioana en las escalerillas de un tren. Luego una fotografía pequeña, yo y otra niña, rubia, de largos bucles rizados; mal enfocada, la fotografía nos corta a las dos, de forma que allí estaba yo con la mitad de niña rubia y con la mitad de una sonrisa, con un pie descalzo escondido tras el otro, y una mano colocada sobre mi hombro. La cabeza inclinada y los

5 Equivalente rumano de la RENFE.

labios entreabiertos: ¿qué susurraba con la cabeza inclinada hacia mi oreja y por qué mis asustados ojos miraban fijamente al objetivo, como si hubieran querido parar la inevitable captura de ese momento y su transformación en una de las recatadas imágenes colocadas en un álbum? Y, de repente, la cálida luz de la tarde y el olor a tierra y algo más, salado y fuera de lugar, un olor prohibido, indecente, la falda larga y de colores, la piel cobriza e inesperadamente suave. La Joya⁶ era la hija del «patriarca» de C., el orfebre más respetado de las tres comunas, el cual, a mediados de los 80, consiguió casar a su hija con gran pompa, con pope, violinistas e incluso con un helicóptero que llevó a los novios a la tienda y que hizo temblar todo, esparciendo el olor a maíz seco y a todo tipo de alimentos. La Joya, de ojos verdes y burlones, la boda de la hija del «patriarca», su hermana de padre, todo el tiempo entre los bailarines, moviendo sus caderas y haciendo vibrar las sonajas de su pelo. Murió adolescente, tras un aborto casero, y nunca más volví a sentir por nadie ese tipo de amor, la curiosidad de su rostro, sus palabras a medias en caló que entendía perfectamente, y tampoco volví a sentir ese olor de carne joven, salado, de flores y tierra, que dejaba tras ella, como un animal. El «patriarca» Rosa hace todo tipo de robos, de la mano de las CAP⁷ e incluso con la ayuda de algunos alcaldes, tras la revolución, cuando se enriqueció enormemente y abrió un restaurante en el mismísimo centro de Bucarest, donde tocaban los violinistas más famosos, canciones antiguas, que oímos en la noche aquella, la de la boda de «Rosa». Un día salí al campo con la Joya, decididas a ir a otro sitio, más allá del fuerte y del cementerio, en un mundo bordeado por una hilera de álamos especiales. El pueblo acaba con una especie de barrera más allá de la cual no se les permitía pasar a los niños, y el campo

6 Bijuteria, en el original.

7 Cooperativas agrarias de producción.

se extendía a perder de vista, varios kilómetros, hasta Rateni. Salimos juntas cuando atardecía y el sol caía oblicuo sobre las casas de C., decididos a no volver jamás. Hace unos días, soñé con ella. Era mayor que cuando la conocí, casi una mujer, estábamos en nuestro rincón secreto, en el cementerio de C., en el panteón de la mujer del pope.

Miro la calle. El viento sopla con fuerza, la nieve es una avalancha blanca golpeando las esquinas de los bloques, delante de la ventana hay dos montoncitos de nieve. Si abriera la ventana seguro que se desparramarían por el suelo. He sacado la basura un poco más temprano. El conducto de la basura era como si estuvieras en una cápsula espacial, cuyo vuelo silencioso hubiera dejado la tierra hacía mucho tiempo. Las ráfagas estruendosas arrastraban con ellas piedras de granizo que golpeaban las ventanas. Me quedé un tiempo así, escuchando ese repiqueteo, interrumpido a veces por el silencio de la nieve. Miriam salió al umbral y no entendía por qué no me había vuelto más rápidamente a casa.

La caja de las gominolas está abierta sobre la mesa. Escrito en la tapa «Gominolas surtidas», «¡Feliz cumpleaños!» y hay dibujadas dos campanas amarillas y una rama de abeto. Y, en el lateral, «Marca registrada. Un producto agradable, refrescante, de gran valor nutritivo debido a su alto contenido en azúcar. Colorante sintético.» Huele a chifonier de C.

Me pasó por primera vez en C.

Era un atardecer lleno de los ruidos habituales, algún ladrido lejano, una llave que gira en la puerta, con su sonido tranquilizador. Estaba sentada en una banqueta de madera, en semi penumbra, con los pies en un recipiente con agua caliente y jabón, esperando que viniera Ioana a lavarme, como solía hacer antes

de acostarme. Y de repente algo se removió dentro de mí, fue como un aleteo negro por encima de la sombrilla bajo la que me encontraba y sentí miedo, un miedo extraño, cuyo objeto me era completamente desconocido. Mi mente era una casa oscura y rebusqué asustada por todas las habitaciones. Sentía miedo, casi terror, como cuando me despertaba de una pesadilla y estaba completamente a oscuras en el dormitorio de la casa de C. Oía los latidos de mi corazón, lentos pero potentes, como si una bola de metal me estuviera golpeando rítmicamente la cavidad torácica. Y la sensación que todavía tengo en las pesadillas más horribles: que ya no tengo donde ir, que ya se ha acabado, que el futuro no existe, que no ha existido nunca. Estaba sentada en la banqueta de madera y de repente me pareció que ya no tenía nada que hacer. Que todo carecía de sentido, el lavado de pies antes de acostarse, la cena, el atardecer rojizo que habitualmente caía bruscamente en el horizonte, sobre el campo inacabable, y me llenaba de intranquilidad, pero también de alegría porque se acercaba un nuevo día. Traté de abrir la boca, pero del fondo de mi garganta no salió más que un sonido débil, tan débil, que apenas si lo oí yo misma. Hubiera querido huir, pero de repente no sabía dónde estaba. El mundo se había estrechado a mi alrededor, se había convertido en otra cosa, era un paisaje raro, un paisaje que hubiera perdido la tercera dimensión y me hubiera dejado fuera, una especie de película de cine en la que era imposible entrar. Si hubiera gritado llamando a alguien, nadie me hubiera oído, las hermanas habían desaparecido por algún sitio. Cuando finalmente vino Ioana con el cubo de agua, tenía frío de los pies a la cabeza, me castañeteaban los dientes, me acuerdo de la desesperación que mostraban sus ojos, la silueta luminosa de Sofi atravesando el patio sin rumbo, varias veces, el calor que sentí cuando me envolvió en una manta de lana.

A veces sueño con esto, que ya no hay nada que hacer. Me di cuenta cuando ella murió que aquella noche fue una preparación, o puede que un presagio. Cuando llegué a su casa, en la sala de estar había encendida una bombilla amarilla, de un tono metálico, como de neón. Envolvía a los que estaban en la cama con una luz escasa, una especie de aureola de un amarillo sucio, que resbalaba sobre sus pieles marchitas como granos de uvas dejados a secar en la viña. Sentada a su lado y la bola metálica me golpeaba las costillas, lentamente, con fuerza, como los golpes de un gong. Nada que hacer. Allí estaba, un objeto inútil entre tantos otros: perfusiones, vendajes, botellas de alcohol. No te decides a tirarlos, aunque sepas que ya no hay nada que hacer. Llevo sobre las botas embarradas con la nieve de febrero unas fundas de plástico verde. Produzco un ruido como cuando ando por un parque lleno de hojas caídas. Tengo calor, sudo con la gruesa bata, de hospital, la que te dan cuando entras en reanimación. Me esfuerzo en recordar cómo ha llegado a mis hombros. Al igual que no recuerdo quien me ha calzado las pantuflas. Huele a banco viejo de madera empapado con agua sucia. Me llama en voz baja, ahora que ha descansado. Normalmente grita toda la noche, me dicen los vecinos de sala, horrorizados, repitiendo cuatro sílabas. Mi nombre. A-le-jan-dra. De hecho, no me llamo así, pero ese fue el primer nombre que pensó mamá y siempre me pareció que me iba mejor. Le cojo la mano y le dije que estoy aquí. Pero no lo estoy, y ella lo sabe. Balanceo los pies por encima de la palangana con agua y jabón, llega la noche, se cuela por la parte de atrás de la casa y engulle a todo C. Nos envuelve a todos la oscuridad.

En mis pesadillas todavía grita «puerca, eres una puerca, eso es lo que eres», como en los últimos días en el hospital, cuando ya no me reconocía, un poco en los momentos en los que me gritaba llamándome con el nombre de mi mejor amiga de la infancia,

Cristina. Me llama con el nombre verdadero toda la noche, pero cuando entro por la puerta de la sala me dice Cristina, y su cara reluce de felicidad. Todo el piso estaba aterrorizado con sus chillidos, todos se preguntaban cómo podía producir esos sonidos tan potentes un cuerpo tan débil, en el que la vida solo circulaba a través de las cánulas. Utiliza siempre esta forma de femenino que nunca anteriormente le había escuchado. Y me golpea con fuerza las manos, hasta que se me cae la cucharita de plástico con caldo de pollo, alrededor de la cama hay gran cantidad de cucharitas verdes, azules, rojas y restos secos de la comida de los días anteriores.

Anoche dormí inesperadamente bien. Puede que, después de todo, estas vacaciones me sienten bien. Cuando nos mudamos aquí desde Mântuleasa⁸ me pareció que no nos acostumbraríamos nunca a este bloque de hormigón por el que silba el viento todo el día, donde no ves a nadie durante semanas. Un bloque desierto en el centro de un bulevar desierto. Así era cuando nos mudamos. Una extraña corriente recorría el apartamento, aunque todas las puertas estuvieran cerradas, golpeteaban contra el marco, como si una mano invisible las empujara con facilidad. En el baño se oía un silbido, por las tuberías de agua, a veces parecía una voz de niño que gritaba. Luego nos fuimos acostumbrando, no creo que pudiéramos irnos alguna vez. A M. le gusta porque ve por encima de Buzești, en la lejanía, hasta el parque Cișmigiu, las casas con cariátides deterioradas, los bloques bajos en el antiguo cementerio judío. Una sensación de dominio del espacio que te da la altitud. Que hay un futuro.

8 Barrio de Bucarest con numerosos edificios de principios del siglo XX y anteriores. Preferido por artistas y escritores, hay en él algunas hermosas iglesias.

Doy un sorbo del café solo, quema. No soporto cuando por los bordes de la taza corren hilos de líquido. Los limpio después de cada dos sorbos. Miriam sigue durmiendo. Ayer estuvo oliendo un largo rato la caja de gominolas, luego la golpeó con la pata. En la televisión dan noticias sobre la gente que se está muriendo de frío. Esto me lo imagino, pues había quitado el sonido. Dan también unas imágenes de unos trenes que habían descarrilado en medio de un campo nevado y que habían ardido, montones de hierros retorcidos. Parecen las garras negras de un enorme pájaro muerto de frío. Veo la cara de un niño asustado que cuenta algo mostrando con el dedo una casa de la que queda un montón de escombros humeantes. Nieva en todo el país y no parece que vaya a parar muy pronto. Se dan datos, cifras, se hacen comparaciones con la última plaga divina. Parece que en el año en que nació Ioana (en un viernes) también caminaban las persona por túneles excavados en la nieve, nunca ha nevado tanto. Se está bien aquí, en el sofá verde. Miriam mira por el rabillo del ojo, demasiado adormilada para levantarse. Saco con cuidado la caja sobre la que está acostada, sigue durmiendo sobre la manta. Abro la caja de gominolas. No me acordaba de estas fotos con ella. Son dos, casi iguales, no se las diferencia más que por un pequeño detalle, el bucle que le cae sobre la frente está alborotado en la segunda, debido, probablemente, a que hacía viento. El que hizo la foto no sabía enfocar —la imagen está temblorosa— y se había colocado en medio de la calle. Tienes una sensación rara cuando la miras, que fuera quien fuera el que estuviera tras el objetivo, estaba enamorado de ella. Es una foto hecha por un enamorado, que no se hubiera apartado por nada en aquel mundo. El fondo lo forma una calle sin pavimentar, probablemente de poca circulación, de C., pues aquí y allá se ven matojos y pedruscos de cierto tamaño. Se ven unos frutales raquíuticos y en algún lugar del fondo puede verse lo que podría ser un maizal. En C. no se cultiva el maíz, solo

campos polvorientos, interminables, por donde escapé con la Joya cuando teníamos cuatro o cinco años. Ella llevaba un vestido azul marino con tirantes, que yo también llevé más tarde. Calzaba unas sandalias con suela fina y correas de cuero marrón. Un sol que se encuentra en algún lugar a espaldas del fotógrafo la envuelve con un brillo tenue, como procedente de un viejo candelabro. Ioana en dos rendiciones, tras una sucesión de dos movimientos, una con un bucle rubio, perfecta, otra cuando con la mano trató de arreglárselo. Oscurecía y apenas eran las cinco. A lo lejos, las tinieblas se ven atravesada unos minutos por los faros de un autobús que se desliza por la oscuridad, en dirección a la Plaza de la Victoria. Trato de imaginar quién son los viajeros y adónde van. Lo más probable que, tras las últimas compras, vuelvan a sus casas donde alguien les estará esperando.

El mundo se derrumbó a mi alrededor y todo fue gris durante un largo año tras la muerte de Ioana. La busqué por todas partes, un año antero. Ya no sé dónde buscarla. En los sitios donde vivió, en las personas que conoció, en las casas donde habitó. Ya no hemos vuelto a estar juntas las dos, al mismo tiempo y en el mismo lugar.